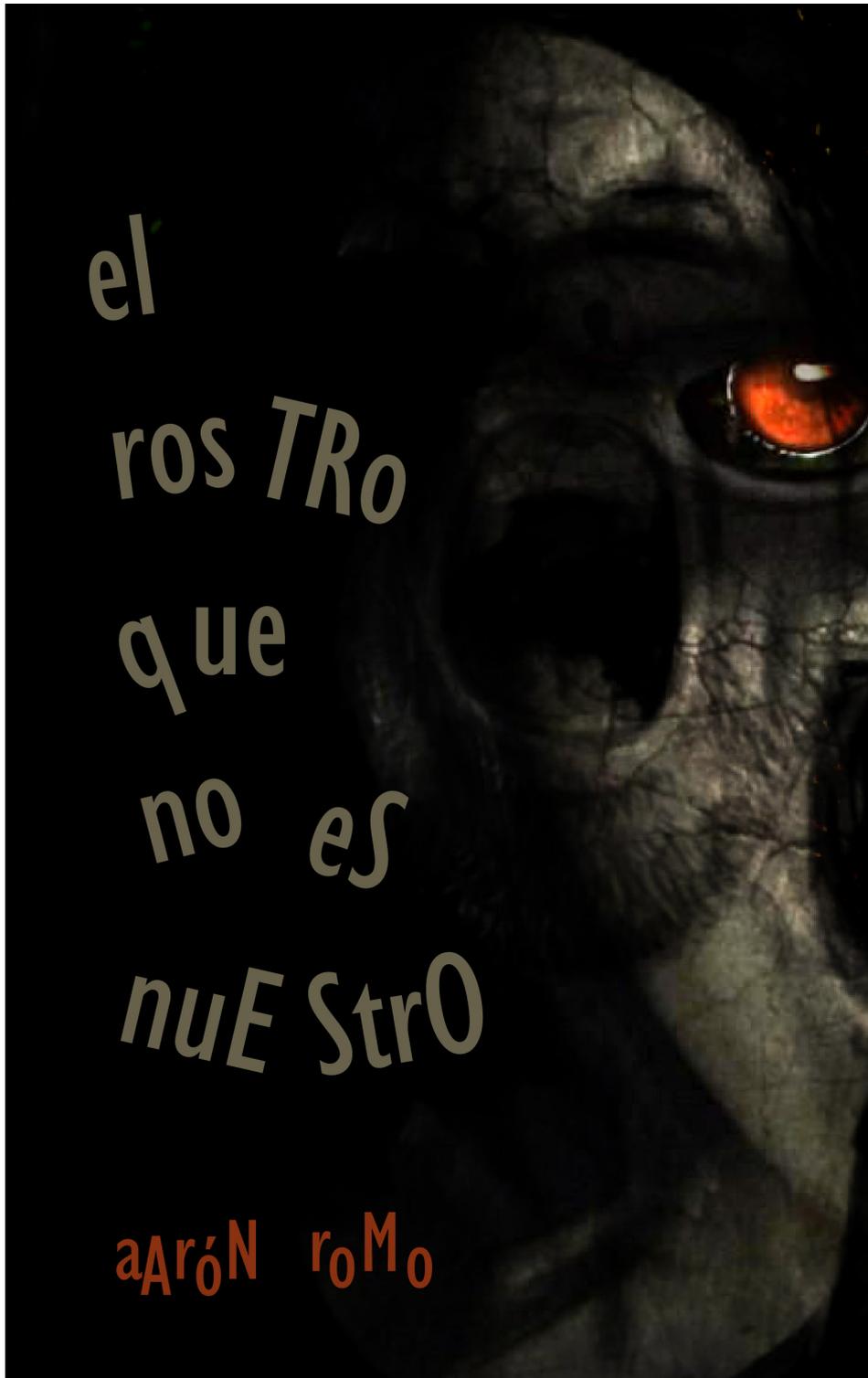


El rostro que no es nuestro

Aarón Alejandro Romo Arceo



Capítulo 1

Los susurros son la lengua con la que me comunico. Cortos, certeros, secos. Así es como le he hablado por tantos años, y así tal cual es la manera en la que me ha conocido. Le molesta. Dice que mi voz le causa jaqueca, pero no entiende que lo realmente molesto es cuando recurre a la indiferencia para contrarrestar mis palabras. Escucha música y ve televisión, y puedo notar su euforia al sentir que me desvanezco. La ira me azota y comienzo a gritar. Las migrañas vienen cuando yo me enojo; al llegar, me siento débil y con los labios atorados entre las mejillas, mi boca se vuelve un manojito de nervios en siesta prolongada, me niegan el placer de las palabras, tonos grises convertidos en humo corroen mi panorama. Me toca la mejor parte mientras que él siente el toque de una muerte próxima que nunca llega. He escuchado que declara que el peso de un martillo rompe su cráneo. Tal martillo no existe. Las jaquecas son fuertes. Pasando una frontera, él ve la necesidad de refugiarse en el piso, contrarrestando sus movimientos por la idea de que la cabeza le volará en cualquier minuto que marque el reloj. Le duele. Yo lo entiendo. Pero también necesita entenderme.

¿Han visto la oscuridad? Siento el inicio de los eones, un cosmos negro abrazando los fantasmas de las eras. Siento la asfixia, puede quemarme. Si no hablo muero. Toma pastillas. Lo escuchan personas importantes. Yo me siento dentro del cosmos, vagando, dopado de oscuridad y anhelo. Las sombras, la nada, el vacío, me escuchan, escuchan mis lamentos, y mis ganas de salir del cosmos, pero el cosmos reina con el ímpetu devorador del bulímico. Me ahorca y me asfixia, me abandona en el silencio imperecedero de una prisión cetrina. Toma las malditas pastillas y me siento peor que nunca desde que comencé a hablarle en la adolescencia, cuando tenía más tiempo para escucharme.

Mis susurros se apagan. La oscuridad me exige pleitesía. El cosmos se agranda y con sus dientes reclama mi voz y mi presencia.

Pienso que lo odio. No tiene derecho de callarme. Lo vi durante años, fui su simbiótico benigno, mi voz escurriéndose en su oído debía verla como algo bueno. Le decía que saliera de su casa, que se metiera al ejército y que invitara chicas a su casa, pero era un idiota castrado, un jodido cobarde. Se lo reclamé a la cara varias veces, mientras dormía; pensé que el insomnio sería la penitencia adecuada a la falta de hombría. El dolor educa; no la sangre, el dolor. Las migrañas sólo debían recordarle que aquí estoy. Porque me ignora y le han dicho que pertenezco al bosque de un reino que se desvanece con un soplido. Le dicen que soy humo y como humo me disipa.

La oscuridad está cerca. Soy el tributo del feligrés hipotético.

Mi suerte es venidera. Resulta que compartimos temor a la oscuridad. Ahora duerme con la luz encendida y lo convencí de que abandonara las pastillas. Le sigo hablando y sigue sin agradecerle. No me sorprende. Maldito cobarde. Si vuelve a obligarme a irme le recordaré miles de veces que apenas vale lo que la tierra en la suela de una bota.

Y ahora, tiempo desvanecido en cantidades incontables después, nos vemos al espejo y contemplamos la silueta que nos da asilo, el rostro que he aprendido a amar como propio. La desesperación le rasga la cara y la miseria se mira en sus ojos dilatados, rodeados de insomnio y de la resaca de una amalgama de pesadillas que no nos dejaron dormir. Tanto ha pasado, que lo veo y puedo verme.

Y luego, soy yo quien no entiende. Me mareo y cuando cierro los ojos, el cosmos me toma del cuello. La oscuridad quiere romper mis dientes, y la lejanía de este o cualquier mundo se cierne sobre mí.

El espejo me ve y ya no sé a quién miró. Dudo que él sepa a quién ve. Un extraño parado frente a nosotros, un extraño que sonríe sin necesidad de chistes o recuerdos de una infancia almacenada, un extraño que brinda una sonrisa a un fondo negro dentro de su cabeza, el mismo fondo que yo he aprendido a ignorar cada vez que cierro los ojos.

Un rostro en el espejo descansa todas las mañanas, y el espejo se apodera de las horas, reclamando mi atención. O quizá la de él. Perdí la esencia del tiempo desde hace mucho. Incluso yo comienzo a escuchar mis propios susurros en la noche. En el espejo nos juzga un rostro que no es nuestro. Un rostro que nos juzgará por siempre.

FIN